— ¡ Qué fuerza de voluntad tienes ! Cuando ella misma me puso en la puerta para tomarte, no pude resignarme á no verla más y volví á su casa como amigo.

— Y como otra cosa...

— ¡ No! ¡ Jamás ! Te lo juro...

— ¡ Si crees que me importa ya!... Nunca me he hecho ilusiones sobre Etiennette y sé que me ha engañado cuanto ha podido. Sólo seguía con ella porque lograba distraerme. Con esa mujer no hay medio de aburrirse un segundo. Y eso es capital.

— Y ahora, insinuó Clamirón, ¿ te diviertes ?

— No me divierto, dijo Cristián con tranquilidad : soy feliz.

— ¡ Es asombroso! Tú, Cristián, ¿ eres feliz en las condiciones en que vives ?

— Sí, amigo mío, bien puedes decirlo.

Poco á poco y por medio de esas entrevistas, en las que Clamirón, con habilidad bien inspirada, halagaba á Cristián, los dos antiguos camaradas volvieron á salir juntos. Pavé había decidido á su amigo á probar el famoso automóvil de treinta caballos y había llevado triunfalmente á su amigo al Pabellón *Bleu*, donde habían encontrado á Vertemousse, Longín y Fabreguier. Toda la cuadrilla montó y se fueron hasta Versailles á ochenta kilómetros por hora. Por la noche Clamirón dejó á Cristián en su casa, á la hora de comer, sin accidente ni encuentro inoportuno. Esta expedición devolvió la confianza á Cristián, que ya no temió ver á sus amigos y volvió al círculo, ya seguro de sí mismo. Hacía cerca de tres meses que duraba la prueba impuesta por Genoveva y el joven observaba una sobriedad perfecta, asistía á la oficina, iba á Moret á inspeccionar la fábrica y hacía restaurar al mismo tiempo

en el castillo el departamento de su madre, en el que pensaba pasar la luna de miel. Acababan de publicarse las amonestaciones, cuando un día Clamirón dijo á Cristián :

— Esta vez es cosa hecha; te perdemos. No tenemos más que ponernos el frac para servirte de padrinos...

— ¡ Dios me libre ! exclamó Cristián. Nadie te tomaría en serio y todo el mundo esperaría de ti alguna bufonada. No, amigo mío, son unos primitos de corta edad los que harán ese oficio... Vosotros os reservaréis para dar dinero á la colecta...

— ¿ Y no vas, al menos, á convidarnos á comer para enterrar tu vida de soltero ?

— No pienso tal cosa.

— ¡ Cómo ! ¿Tendrás alma para dejarnos así, en seco ? ¡ Después de haberte divertido tanto con nosotros !...

— Precisamente por eso creo inútil el hacerlo una vez más.

— ¡ Te estás haciendo económico, compadre !

— No es por el dinero... Os obsequiaré si queréis, pero á condición de no parecer más que á los postres...

— Algo es algo... Pero no eres largo en tus favores...

No hablaron más de aquella idea, pero las palabras de Clamirón hicieron su camino en el ánimo de Cristián. ¿ Qué arriesgaba convidando á sus amigos en un salón del café de París para despedirse de ellos ? ¿ No iba con ellos á almorzar en el *chalet du Cycle* y en el pabellón de Madrid, sin que resultase ningún inconveniente ? Él mismo haría las invitaciones, no irían más que hombres y en esas condiciones no correría gran peligro. No decidió nada, sin embargo. Su pensamiento abrigaba cierta incertidumbre, pues le ocurría que iba á hacer una cosa por lo menos inútil. Estaba

en estas vacilaciones cuando Clamirón se encargó de resolverlas diciéndole una mañana en tono de triunfo :

— Amigo mío, los camaradas son mas *chic* que tú. Ya que no querías pagarles una comida de despedida, ellos te la ofrecen. No será por la noche, puesto que te da miedo, sino un almuerzo... ¿Te conviene ?

— Y bien, sí, exclamó Cristián. ¿Qué día ?

— La víspera del matrimonio civil.

— Hay velada de contrato en casa de mi padre.

— Almorzaremos á las doce en casa de *Joseph* y á las dos estarás libre. Nos dejarás acabar llorando nuestros cigarros y tú te irás á llenar de flores los floreros para tu novia.

— Convenido.

— ¡ Enhorabuena !

Una especie de inquietud persistía, sin embargo, en el ánimo de Cristián, que desconfiaba de Clamirón y sobre todo de sí mismo. Á pesar de la prueba victoriosamente soportada hasta entonces, sabía qué fácilmente excitables eran sus nervios. Había prometido, sin embargo, y le era imposible desdecirse sin exponerse á mil bromas. No quiso afrontarlas, pero se propuso vigilarse con sumo cuidado, no beber más que un solo vino y hablar con extremada reserva. Veía que en aquellas circunstancias el peligro era más serio de lo que había pensado. El mismo día en que Cristián aceptó la invitación de Clamirón, éste fué á casa de Etiennette y encontró á la joven de gran gala y con el sombrero puesto. Clamirón dijo sin sentarse :

— ¿ Vas á salir ?

— Sí, voy al estreno del *Palais-Royal*. Pero tengo tiempo. Habla.

— Pues bien. Es un negocio concluído. Cristián irá.

— ¿ De veras ?

— Como lo estás oyendo.

— ¿Cómo lo has conseguido ?

— Asegurándole que se burlarían de él si no iba. Ya conoces su amor propio.

— ¿ Y dónde es ?

— En casa de *Joseph*, el lunes. Hombres solos, pero escogidos. ¡ Y bebedores ! Ya los conoces... La cuenta será formidable.

— Bueno. Tomarás para mí el gabinete próximo. No voy á encargarle yo misma por temor á las indiscreciones...

— Sí, pero dime ; si Cristián sabe que yo he arreglado el asunto, me guardará rencor...

— ¿ Le tienes miedo ?

— No temo á nadie. Pero el proceder...

— ¡ Bah ! Una broma como otras ciento que has dado en tu bella carrera... ¿ Eres Pavé ó no lo eres ? Si lo eres, da honor á tu nombre.

— Sí, tienes razón... ¿ Pero si eso hiciera fracasar la boda ?...

— ¿ Porque Cristián se haya despedido de sus amigos y se haya achispado á su salud ? Y después ¿ quién dice que se achispará ?

— ¡ Yo lo digo ! ¡ Pardiez ! Si no pierde los estribos no seremos nosotros los *juerguistas* que todo París conoce...

— Y admira.

— Es preciso que la partida sea completa, triunfal, homérica...

— Y yo estaré allí para coronar al héroe en el momento de la apoteosis...

— ¡ Qué sorpresa la suya !

— Si se encuentra en estado de tenerla...

— ¡ Cuidado ! Si está á medios pelos, que no se en-

fade. Entonces todo se echa á perder y nos quedamos corridos.

— De eso yo me encargo.

— Entonces, hasta el lunes. Cuento contigo. Ven á dejarme en el coche.

La semana se pasó en preparativos para Cristián, que apenas tuvo tiempo para pensar en la fiesta proyectada por sus amigos ni se separó de Genoveva, cuyo padre, ya en posesión de sus nuevas atribuciones en la casa Vernier, no cabía en sí de gozo ni cesaba de elogiar á su futuro yerno y á toda la familia. El domingo por la noche, sin embargo, Cristián dijo á su prometida :

— Mañana almuerzo con mis amigos, que han querido reunirse para enterrar mi vida de soltero. Me contraría mucho, pero no he podido rehusar...

— Ha hecho usted bien. Diviértase ; lo encuentro muy natural. Además, supongo que el barón Templier será de la partida...

— ¡ Oh ! no ; tiene horror á los alegres jóvenes que asistirán al almuerzo... Él es un hombre formal.

Genoveva frunció ligeramente las cejas, pero continuó sonriendo :

— Hubiera preferido que fuese, pero no creo que necesite usted ser acompañado ni vigilado. No tiene usted mejor censor que usted mismo.

— Me conmueve esa confianza, dijo Cristián con repentina emoción, y procuraré merecerla... Cuente usted con mi cordura...

La joven no respondió, pero le estrechó la mano. Cristián sintió una viva alegría y dijo :

— Guardado moralmente por usted, pues su recuerdo va siempre conmigo, no tengo nada que temer.

El lunes por la mañana, á las once y media, Clamirón fué á recoger á Cristián en su automóvil, llegaron al

restaurant y, conducidos por los mozos, entraron en el salón donde debía verificarse el almuerzo. La mesa estaba cubierta de flores blancas, como para una novia ; anchos lazos de muaré blanco ceñían los candelabros y la araña estaba adornada con capullos de azahar. Cristián fué acogido con una gran aclamación y Clamirón le presentó á los amigos como para una ceremonia solemne y le hizo sentarse en medio de la mesa. Después se sentó junto á él y volviéndose hacia el *maître d'hôtel*, exclamó :

— ¡ Que dé principio la fiesta !

Eran doce, todos conocidos en París, y el más viejo tenía treinta años. En ese número había ya dos divorciados y cinco estaban sometidos á consejos judiciales, lo que no les impedía arruinarse, pues se echaban en brazos de los usureros. Casi ninguno de aquellos brillantes señores había hecho locuras por las mujeres. Las pasiones amorosas no rezaban con ellos. Se dedicaban á los *sports* y comían y bebían sólidamente, pero despreciaban el amor, que les parecía debilitante. La mayor parte eran jugadores que se dejaban el dinero en las mesas de los círculos ó en las barracas de apuestas mutuas de las carreras de caballos ; generación muy particular y nueva en Francia, que no tenía nada de la fogosa espontaneidad de sus años, muy práctica, muy fría, muy avisada, y de una indecible ferocidad de egoísmo. Todos aquellos mozos eran incapaces de ir á comprar en casa de un joyero un aderezo ó una pulsera para una guapa mujer, pero no se desdeñaban de ofrecerse á sí mismos botones de camisa de piedras preciosas, suntuosos alfileres de corbata, cadenas de reloj para todas las circunstancias de la vida y refulgentes sortijas para todos los dedos. Curiosos de sensaciones nuevas hasta la manía, realizaban en toda su integridad

el tipo del *snob*, lleno de admiraciones ficticias y que corre á las diversiones de moda mientras es de buen tono el disfrutarlas. Raza malsana, que ha contribuído á pervertir el gusto por la bajeza instintiva de sus tendencias y por su propensión á todo lo que es exagerado en su vulgaridad. Aquella reunión de doce jóvenes sin mujeres, en un salón de *restaurant*, era sintomática de ese estado moral y físico que impulsa á toda una generación á una castidad casi vergonzosa. El almuerzo había sido cuidadosamente dispuesto por Clamirón y el cocinero había estado á la altura de su misión. Cristián, que hacía honor al almuerzo, no había todavía tocado á los vinos. Clamirón le dijo al oído :

— Te vas á atragantar. Bebe al menos agua, ya que no bebas vino... ¿Temes que te envenenen?

Cristián sonrió y dijo tomando la copa de *champagne* :

— No, voy á brindar por todos vosotros :

Se levantó y, dirigiéndose á sus compañeros con sonriente ironía, dijo :

— Mis queridos amigos, agradezco el pensamiento afectuoso que os ha reunido á mi alrededor. Hemos hecho juntos muchas locuras y no haremos más en lo sucesivo, pues pienso volverme tan serio como antes era poco razonable. La cosa no es tan difícil como podéis creer. Es una costumbre que hay que tomar y después no hay más que seguirla. Se cree que es fastidioso ocuparse en cosas que no sean estúpidas ó ruinosas, ó ambas cosas á la vez, y se está en un completo error. Tanto interés inspira el ganar el dinero como el gastarle, y hasta creo poder afirmar que, en cierto momento de la vida, el ganar dinero resulta una necesidad y el no gastarlo, una pasión...

No pudo seguir porque se levantó en torno suyo una tempestad de gritos.

— ¡ Viva Cristián ! ¡ Se está quedando con nosotros ! ¡ Vaya un aplomo, querido ! ¡ Nos está dando un curso de buenas costumbres ! ¡ Á tu salud ! ¡ Á la salud de tus futuros hijos !...

El joven, sin desconcertarse, levantó la copa, la vació de un trago y se volvió á sentar en medio del alboroto general. La voz penetrante de Clamirón consiguió dominar el tumulto :

— Señores, el joven recipiendario ha hablado bien. Se le pueden abrir las puertas de la institución matrimonial. Es digno de entrar en ella. Su futura es, por lo demás, encantadora. ¡ Brindo á la salud de Genoveva de Harvay !

Llenó la copa de Cristián y le dijo con calor :

— ¡ Choquemos nuestros vasos, querigo amigo, y de todo corazón !

Cristián lo hizo sin vacilar. Un ligero calor subió á sus pómulos y una excitación repentina corrió por sus nervios. Clamirón le había vuelto á llenar la copa y el joven, sin que nadie le invitase á hacerlo, se la bebió de una vez y dijo en medio del ruido del cristal al chocar de las copas :

— ¡ Os deseo á todos una novia semejante !

Sus ojos se encendieron como una lámpara al atizar la mecha y en su cerebro, purificado por una abstinencia prolongada, se manifestó una repentina turbación. Maquinalmente, y como si no hubiera perdido las costumbres antiguas, bebió de nuevo, y en medio del estrépito y entre las interpelaciones que se cruzaban en el calor de aquella pieza llena de los olores de los platos y de los vinos, Cristián tuvo el presentimiento de que se estaba dejando arrastrar á un peligro cierto. Miró á su alrededor con aire de desafío y no vió más que caras sonrientes y ojos benévolos. No había allí el menor

proyecto de hacerle daño y sí, sólo, el deseo de divertirse tranquilamente. Los postres estaban servidos y el helado circulaba al rededor de la mesa. Vertemousse había encendido ya un cigarrillo y fumaba contando sus hazañas cinegéticas. Cristián se tranquilizó, pero ya su cabeza estaba más cargada de lo conveniente.

— Di que me den un vaso de agua, dijo á Clamirón.

Pavé llamó al *maître d'hôtel* y le habló en voz baja, y éste puso en la mesa una botella que tenía la forma y el color de las de agua de Evián. Cristián cogió la botella, se llenó él mismo el vaso y distraídamente se bebió las tres cuartas partes. El joven, entonces, lanzó un juramento, dejó el vaso en la mesa con tal fuerza que le rompió y exclamó furioso :

— Pero, *maître d'hôtel* ¿está usted loco?... ¡ Es kirsch lo que me ha dado usted !

Una larga exclamación ahogó su voz y Cristián, como á través de una niebla, vió á sus amigos en pie, con las manos llenas de flores y avanzando hacia él. Quiso resistirse, pero ya el alcohol se había apoderado de él. Clamirón le coronó con una guirnalda de azahar descolgada de la araña. Cristián sintió renacer todos sus instintos, y poseído de una especie de frenesí, se puso en pie y exclamó :

— ¡ Ya que es mi última fiesta, que sea memorable ! Y con mano mal segura se bebió el vino contenido en las copas intactas desde el principio del almuerzo.

Sus amigos prorrumpieron en gritos de entusiasmo.

— ¡ Ah ! querido, tu serás siempre nuestro jefe.

— Y además ¿ qué temes ? Son las dos, y hasta la noche tienes tiempo de tomar el aire.

— En lugar de enterrar su vida de soltero, vamos á quemarla... ¡ Venga ponche !

— ¡ Una bonita incineración ?

En la atmósfera azulada por el humo de los cigarros, danzaron y se retorcieron hasta extinguirse las llamas del ron. Pero Cristián, como poseído de furor, vertió el ron encendido en el mantel que se prendió fuego. Los mozos tuvieron que intervenir para impedir que se encendieran los cortinajes, y el dueño del *restaurant* echó una mirada inquieta por la puerta entornada. Cristián parecía presa de las extravagancias de sus más profundas borracheras y daba rienda suelta á su brutalidad. Vertemousse quiso hacerle reflexiones y recibió un botellazo que apenas pudo evitar y que rompió un espejo detrás de él. Al mismo tiempo Cristián prorrumpió en una interminable carcajada nerviosa que contraía su cara y le daba la expresión del delirio alcohólico.

— ¡ Va á hacer alguna que sea sonada ! exclamó Longín.

— ¡ Acabemos con él ! dijo cínicamente Clamirón. Cuando esté encima de la mesa no tratará de matarnos. Y cogiendo el cucharón del ponche, llenó un vaso y lo puso delante de Cristián, que bebía con mano temblorosa, sombrío y silencioso, cuanto le ponían á su alcance. Sus amigos, espantados por su crimen, estaban al rededor de él, sin decir palabra. De repente gritó :

— ¡ Y bien ! ¡ Hatajo de *juerguistas !* ¡ Pareceís imbeciles, mirándome como á un fenómeno !... ¿ Me habéis puesto en el disparadero y os quedáis en el camino ? ¡ Vaya unos mozos ! No hemos empezado todavía los licores... ¡ Que traigan *Vernier-Cordón* amarillo ! ¡ No estaría bien que no figurasen en esta mesa los productos de la casa ! ¿ No oye usted, *maître d'hôtel* ?

El mozo, inquieto, permancía inmóvil, pero Cristián gritó :

— ¿ Estás dormido ? Espera, voy á despertarte.

Cogió dos platos y los rompió el uno contra el otro.

Después hizo añicos sus vasos con el cucharón del ponche y se preparaba á derribar la mesa sobre los convidados, cuando las fuerzas le faltaron y se dejó caer sobre el respaldo de la silla, con los ojos extraviados por la embriaguez, balanceando la cabeza á uno y otro lado, inconsciente, perdido. En el mismo momento, la puerta del salón se abrió y, envuelta en un largo traje negro, un poco pálida, pero llena de firmeza, apareció Etiennette Dhoriel.

— ¡Ah! No faltaba más que usted en la fiesta, dijo amargamente Longín á la hermosa mujer. ¡Vea usted en qué estado se ha puesto este desgraciado!

— Está maduro para el matrimonio, me parece, dijo Etiennette con irónica sonrisa. ¿Qué vais á hacer de este brillante novio?

— Que el diablo me lleve si lo sabemos, dijo Vertemousse. No se le puede dejar aquí ni llevarle á su casa... ¡Estamos lucidos!

— Nos divertimos entre nosotros y el que más y el que menos está un poco chispo, añadió Clamirón; pero este animal se carga hasta estallar.

— Voy á desembarazaros de él, dijo Etiennette. Bajadle á mi coche; le llevaré á mi casa, le cuidaré y le haré volver en sí...

— ¡Ah! Usted es una verdadera amiga!

— ¿Verdad que sí? De este modo me vengo yo de las suciedades que Cristián me ha hecho.

En las miradas de la abandonada brillaba un fulgor diabólico.

Voy delante, dijo, para advertir á mi cochero... Seguidme. Si después de esto la familia no está agradecida, será para curarse de toda abnegación...

— ¡Qué ángel! murmuró Clamirón.

Entre él y Longín cogieron á Cristián por debajo de los brazos y consiguieron ponerle en pie. Vertemousse le colocó el sombrero en la cabeza, y llevando casi en vilo á aquel cadáver viviente que andaba mecánicamente, las piernas temblorosas, lívido y desencajado, bajaron hasta el portal, atravesaron la acera y empujaron á Cristián en la berlina de Etiennette. Aquel brusco movimiento pareció sacar al borracho de su sopor, pues abrió los pesados párpados, echó una mirada al rededor de él y balbució con voz sorda:

— ¡Vamos andando!... ¿Una mujer ahora?... ¿Qué quieren que haga de ella?...

Y acurrucándose en el rincón del coche, se durmió al lado de Etiennette sin haberla siquiera conocido.

La hermosa muchacha se inclinó hacia Longín y Clamirón, les dirigió una sonrisa y dijo al cochero:

— Á casa.